PROJECT MUSE®

Literature and Subjection: The Economy of Writing and Marginality in Latin America (review)



Fernando J. Rosenberg

Hispanic Review, Volume 78, Number 1, Winter 2010, pp. 131-134 (Review)

Published by University of Pennsylvania Press
DOI: *https://doi.org/10.1353/hir.0.0095*

For additional information about this article
https://muse.jhu.edu/article/370254

[54.196.27.122] Project MUSE (2024-03-28 13:46 GMT)

LEGRÁS, HORACIO. *Literature and Subjection: The Economy of Writing and Marginality in Latin America.* Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 2008. 288 pp.

Literature and Subjection se abre con un dilema que trasciende la problemática particular de este estudio como recorrido crítico del canon latinoamericano y que apunta a un nivel epistemológico, a la condición actual de la disciplina. Me refiero a este momento de los estudios latinoamericanos, cuando han sido reconfigurados por el poscolonialismo, la subalternidad, el debate en torno al testimonio y los estudios culturales; perspectivas que han posibilitado lecturas posidentitarias y posteleológicas, pero que también parecen haber socavado el territorio en el que la disciplina se apoyaba y justificaba. El trabajo de Legrás se plantea como un estudio sobre la literatura desde los supuestos constitutivos que la autorizaban, sobre su proyecto histórico de representar e incorporar sujetos y temas que le ofrecen resistencia porque pertenecen a un mundo heterogéneo. El proyecto entonces coincide aquí con la falla; es decir, se realiza en el mismo fracaso del que la literatura emerge y el que le da su razón de ser. En cierta medida, esta razón justifica el estudio de la literatura como discurso singular, ya que la literatura sería el testimonio, o en la literatura se preservan los rastros, del fracaso de la autoridad para imponer un orden; es decir, de la incapacidad de cualquier forma de autoridad de conformar la historia y la comunidad a su imagen. Paradójicamente (una paradoja que está en el centro mismo del argumento), este fracaso de la literatura como ontología de lo latinoamericano explica también su persistencia luego de quebrada su teleología, el marco constitutivo que la convocaba para articular las cambiantes hegemonías.

Los primeros dos textos literarios que Legrás aborda, *El hablador* (1987) de Mario Vargas Llosa y *El entenado* (1983) de Juan José Saer, asumen la colonialidad como problema fundante, y la traducción y la resistencia a esta como el eje dominante de la literatura latinoamericana. Esto daría la clave de su lugar hegemónico, ya que para Legrás la literatura lograría, a través de esta traducción que incorpora sus límites, articular el fracaso de la universalidad, que es el fracaso y la supervivencia de la literatura. Es interesante que el autor no se aventure a hablar del triunfo de la literatura, idea que estaría a contrapelo de las tendencias críticas de los últimos veinte años, pero sí de una supervivencia de la literatura a la caída de otras formas, supuestamente más sólidas, de articulación de la universalidad. El segundo capítulo del libro está dedicado a leer la novela mencionada de Saer en contrapunto con la obra de René Descartes, como dos maneras de subjetivización. Mejor aun, *El entenado* sería para Legrás una respuesta (pos)colonial a una forma de construcción de la "subjetividad imperial" (concepto tomado de Levinas), en tanto en la novela la subjetividad se constituye no en el *cogito* sino en el no-ser, en sus límites, en la exterioridad. Las aporías implícitas en la función imposible del testigo

[54.196.27.122] Project MUSE (2024-03-28 13:46 GMT)

(sobre la que Legrás reflexiona a partir del título de la traducción de la novela de Saer al inglés, *The Witness*) son sometidas a una demanda aun mayor, en tanto la posición del testigo implica una traducción que no hace sino volver a abrir la herida de la colonialidad. En la sección más sugerente de este capítulo, el contrapunto Saer–Descartes se traza en referencia a la importancia de lo visible y las variedades de la luz en *El entenado* y el *Tratado sobre la luz* de Descartes; en una reflexión que apunta a las condiciones materiales y corporales en las que el Iluminismo se constituye, y de las que esa misma constitución reniega, abstrayéndose. En un mundo que se escabulle al dominio de la representación, sostiene Legrás, lo que se hace presente no es un mundo más allá o más acá de la representación, sino un lenguaje que se emparenta más con la oración que con las demandas imperiales de la mímesis.

El tercer capítulo aborda textos coloniales (se presta especial atención a los de Domingo Chimalpahin y a los documentos llamados "títulos primordiales") para discutir de lleno un problema que había estado hasta entonces solo sugerido: el de la historia y las categorías de la historiografía colonial. La preocupación de Legrás retoma una apreciación sobre la cual existe consenso dentro del latinoamericanismo y que plantea la letra (y al letrado) como el lugar mismo de la violencia epistémica. Pero Legrás termina planteando, llamativamente, la tecnología alfabética como reconfiguración fundamental del mundo indígena, tanto como el lugar de una subversión del mundo europeo. Legrás se opone a la categoría de literatura proyectada retrospectivamente como vindicación de la producción simbólica indígena (básicamente en los trabajos de Miguel León Portilla y Gordon Brotherston), o como lugar de la expresión de una "voz" que la antecede; pero esto no lo lleva al lugar común de atacar simplemente la categoría de literatura (que este libro asume en su título), sino a identificar un deseo imposible que funda la literatura latinoamericana: el de hacer justicia a un pasado perdido que participa del presente sin ser oficialmente parte.

Es en el capítulo siguiente, el cuarto, donde Legrás elabora más explícitamente su concepto de sujeto y el lugar de la literatura en lo que demuestra ser un doble vínculo, en donde la postulación de un sujeto autónomo y expresivo constituye el punto mismo de anudamiento de la sujeción. Un recorrido por Kant y Schiller le sirve para delinear el papel de la estética como articuladora privilegiada de ese doble vínculo; y para pensar tanto el lugar que tuvo el recurso al modelo griego en los intelectuales finiseculares latinoamericanos, como la ruptura de ese modelo producida por los diferentes nativismos (indigenismo, regionalismo, criollismo, negrismo, etc.) después de los años veinte. Si hasta este capítulo el eje del ensayo era la escritura tanto en su carácter disciplinario como emancipatorio, la ruptura del modelo griego da cuenta de sujetos que irrumpen desde lo que no puede ser conceptualizado sino como un afuera. El lugar de la agencia parece aquí cambiar

bruscamente, y es en el siguiente capítulo (el quinto), dedicado a las estrategias literarias en la Revolución Mexicana, donde la construcción teórica elaborada a lo largo de la primera parte del libro parece ser implícitamente cuestionada. La estrategia analítica de este capítulo es algo diferente, diríamos más historiográfica, si no tuviese en su mismo centro un evento por definición sin historia. Los artefactos culturales y las obras que analiza —el aparato discursivo-institucional del Ateneo, las novelas *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, *El águila y la serpiente* (1928) de Martín Luis Guzmán y *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) de Rafael Muñoz, las viñetas de *Cartucho* (1931) de Nellie Campobello, entre otras— están puestas en estrecha conexión con el evento de la revolución, aquello de lo que no logran dar cuenta ya que desborda los discursos existentes. Este capítulo, quizá el más inspirado del libro, representa una reflexión sobre el tiempo revolucionario y su relación con un discurso sobre la revolución que se configura necesariamente *a posteriori*, como una fantasía que la recubre, un modo de prestarle un sentido que necesariamente la traiciona.

El siguiente capítulo se centra en *Hijo de hombre* (1960) de Augusto Roa Bastos, texto que según Legrás captura un total quiebre entre el Estado y lo subalterno, y que en lugar de pretender representar ese quiebre, construye un marco simbólico atravesado por un registro fantasmático, habitado por trazos que señalan su condición. En esta lectura, la obra de Roa Bastos representa la *performance* de una autoridad, marcada ya por su uso del castellano, la lengua del poder (frente al guaraní) que exhibe su falla y su impotencia, su incapacidad de nombrar aquello a lo que era su misión histórica otorgar reconocimiento, de sujetarlo a su marco narrativo. El capítulo termina con una reflexión sobre las artes plásticas en el Paraguay, y en particular sobre la práctica contemporánea del Museo del Barro, que abre un modo de pensar lo popular; que si bien no es ajeno a los anudamientos del poder ni puede abocarse simplemente a trazar la continuidad de una historia alternativa, tiene presencia e impacto en la conformación de la sensibilidad, en la vida cotidiana. Esta sección del capítulo funciona como una coda que, retomando algunos de los puntos discutidos en referencia a la obra literaria, desaloja lo literario del lugar que el mismo ensayo le había adjudicado, si bien críticamente.

El último capítulo, centrado en la obra de José María Arguedas, funciona como conclusión al recorrido del libro. Legrás comienza por enfatizar una historia de rebeldía indígena que a las lecturas del indigenismo se les escapa, no por cierta inexactitud histórica sino porque tales lecturas utilizan un marco que no logra desentenderse de las categorías implícitas en los conceptos de identidad, representación y reconocimiento. El capítulo discute e incorpora lecturas de la obra de José María Arguedas (Cornejo Polar y Martin Lienhard, entre otras), para extraer a Arguedas de aquellos lugares adonde una tradición crítica lo había esperado (¿rescate del universo mítico o del mestizaje? ¿condena y desesperación, o utopía?);

para terminar con la lectura de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) como una obra que cierra el ciclo de la literatura como sujeción y reconocimiento, es decir, como producción de sujetos para una política que habla el lenguaje de la hegemonía. Bajo la lente de Legrás, la novela de Arguedas es y no es literatura. Si Legrás había incorporado todas las críticas a la categoría de literatura producidas desde la subalternidad y el poscolonialismo, fue para abandonar la literatura y llegar al final de su trayecto a una literatura no ontológica; como acto, fundación sin suelo metafísico, poiesis, pura vida. Esta "vida" es algo que recorre el estudio de Legrás desde el comienzo; algo que la literatura no puede capturar en su plenitud, algo que los textos niegan, pretenden explicar o dirigir, pero que en Arguedas resulta en una estética que debe ser pensada como un acto.

FERNANDO J. ROSENBERG
Brandeis University

TARICA, ESTELLE. *The Inner Life of Mestizo Nationalism*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2008. xxx + 240 pp.

Estelle Tarica's engaging study, *The Inner Life of Mestizo Nationalism*, expands upon José María Arguedas's statement, "Lo indígena está en lo más íntimo de toda la gente de la sierra del Perú," to show how *mestizaje* as a dominant state ideology is conformed by more personal, confessional, and intimate narratives and thus a sentimentalized "intimate *indigenismo*" that creates commonalities across class and racial barriers. Through an analysis of the autobiographical writings of Arguedas himself (*Yawar fiesta* [1941] and *Los ríos profundos* [1958]), Bolivian writer Jesús Lara's novel *Surumi* (1943) and his bilingual essay anthology *La poesía quechua* (1947), as well as Mexican *indigenista* Rosario Castellanos's *Balún Canán* (1957), Tarica highlights how in Latin America's racialized societies, Indianness literally inhabits the heart of *mestizos* and the imaginary heart of national formations. She also analyzes how the sentimental appeal of these narratives—despite their ideological distortions—has been (and continues to be) so appealing to non-Indians. Since Fray Bartolomé de Las Casas's famous defense of Indians in the sixteenth century (at the expense of Africans—as Jorge Luis Borges readily pointed out), *indigenismo*, while denouncing the exploitation of native peoples and resisting the equation of Indians with primitivism and barbarity, has nevertheless, perhaps unconsciously, "continued to justify the subordination of indigenous people" (xiii). As has been shown repeatedly, *indigenismo* therefore consists of an objectifying, positivist perspective. But, as Tarica shows, it also consists of a "subjectivist, intimate outlook" (xxiv). Given these two mutually conflicting perspectives, *indi-*